

el autor se dedica a analizar "la fuente de estas fuerzas, su vigor y orientación" y a solicitar a los sociólogos se ocupen de un tema hasta ahora descuidado. El resultado que saca Graciarena del análisis de estas fuerzas —empresarios, Estado, ideología, etcétera, es desalentador. El mayor vigor de estas observaciones está, finalmente, centrado en la idea de que sin una transformación política hemisférica la integración regional carece de fundamentos racionales. Y advierte a quienes creen que "una transformación de la envergadura formidable del proyecto de integración puede ocurrir sin que sea necesaria una transformación política de nivel equivalente".

Éstas son, brevemente, algunas de las ideas generales expuestas en este trabajo. Con él adquiere la sociología latinoamericana una obra de referencia y envergadura significativas para la discusión inteligente de sus problemas mayores.

Fernando Uricoechea

Universidad Nacional de Colombia

"L'Image de l'Homme dans la Sociologie." *La Sociologie en U.R.S.S. Rapports des membres de la délégation soviétique au VI^e Congrès International de Sociologie*. Editions du Progrès. Moscou, 1966. pp. 49-114.

En el Congreso de Sociología de Evian, los soviéticos que contribuyeron a precisar cuál es la imagen actual del hombre fueron: Andreeva, Zamochkine, Kone y Mitine. Sus estudios se refieren al enfoque que la sociología brinda del hombre, a los problemas contemporáneos de orientación social del individuo, a la personalidad y su relación con los papeles sociales, a la diversificación de los modos humanos de conducta en el capitalismo, los países en vías de desarrollo y el socialismo.

En esos estudios se pone de manifiesto cómo tanto en el marxismo como en la sociología occidental, se reconoce cada vez más, el vínculo entre la sociología y la filosofía. En Occidente, para Parsons, la comunicación entre estas dos disciplinas,

es indispensable, y para König, la sociología es cuasi-filosófica. El marxismo —por su parte— da las bases para una teoría sociológica general al proponer una de sus ideas-madre: la del materialismo histórico. En esto, parece llevarle la delantera a la ciencia occidental, ya que ofrece una interpretación radicalmente unitaria de la realidad, frente a la búsqueda occidental de una integración interdisciplinaria. El avance es aparente pues en un caso se trata de superar el especialismo que en el otro se ignora. Pero quizás ambos caminos deban encontrarse, como prescribe el doctor Pablo González Casanova,* al reconocer, más que la utilidad de una "contaminación" ideológica, la de una mutua fecundación metodológico-científica.

El problema antropofilosófico que debe contribuir a plantear y resolver la sociología es el de la dependencia (¿independencia? ¿dependencia total? ¿dependencia parcial? ¿inter-dependencia?) del individuo respecto de la sociedad. Ese problema, para el estudio empírico, concreto, de diversas sociedades es, primero, de modo, y luego de grado. Las soluciones sociológicas diversas —en el fondo las hipótesis por probar— proceden de ciertos modos de solución en filosofía (kantiano, positivista, marxista).

La sociología tradicional (en la que se dejaba sentir la gravitación sicológica) resultaba insuficiente para plantear, científicamente, el problema del hombre. El positivismo, con su énfasis en lo objetivo, corrigió sus excesos, pero sólo para descubrir que carecía de un criterio claro con qué señalar dónde termina lo objetivo y dónde principia lo subjetivo. El marxismo buscó ese criterio y ha creído hallarlo en la categoría "relaciones de producción". Con todo, de acuerdo con Andreeva, nunca intentó reducir la imagen del hombre a la de un productor que estuviera vinculado sólo por relaciones de producción a los otros productores ya que —según afirma— ha tratado "de reconstituir, a partir de esas relaciones, la imagen del hombre como ser social".

* Véanse *Las categorías del desarrollo económico y la investigación en ciencias sociales*. Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. México, 1967.

Dentro de su postura, Andreeva reconoce que si bien el conductismo ha sido necesario, no ha sido suficiente para explicar la conducta humana. No basta con registrar actos; es indispensable tratar de explicarlos. Y, la explicación —como las causas y los motivos que debe descubrir— está “en los niveles más profundos, en las circunstancias vitales”.

De ahí que aplauda las contribuciones del funcionalismo (al fin y al cabo, nuestro hispánico considerar que no basta ver al hombre sólo sino que hay que mirarlo en situación; que hay que entender al hombre en su circunstancia). En efecto, el estructuralismo, el funcionalismo, tratan de referir la conducta del individuo a la estructura en que se desarrolla. Andreeva considera, así, que la idea de “grupo de referencia” es un “medio de interpretar al comportamiento; de ligar al individuo con las estructuras sociales” y subraya que, en esa forma, funciona éste, en realidad, como una *variable interpretativa, en las investigaciones sociales*.

Pero también reputa insuficiente la explicación funcional y, por otra parte coloca las conductas al final y no al principio de la explicación. “El comportamiento del individuo —dice— *no explica cómo se forma la realidad social sino que impone ser explicado por ella.*” Esto es excesivo, pues a su través es fácil caer en un determinismo sociológico que, en su turno, puede apartarnos de la realidad y conducirnos a peligrosos planteamientos políticos.

El individuo puede ser *producto* social pero, en cuanto adquiere la calidad de persona, es también *creador* dentro del ámbito de la sociedad. Es *productor* de cultura —¡claro está!— pero también es co-factor de la sociedad misma. No reconocerlo sería negar —políticamente— las mismas posibilidades renovadoras del socialismo que —en forma tan abierta— han de reconocer otros autores soviéticos, en esta misma sección, consagrada a “La imagen del hombre.”

Y, si bien es cierto que la naturaleza del hombre no puede conocerse a base de puras abstracciones, no puede afirmarse tampoco que sea una “*suma* de relaciones sociales”. En efecto, es algo así como una resultante dinámica de las fuerzas socia-

les que se manifiestan en la conducta; éstas ni actúan todas en el mismo sentido (o sea, que por no ser del mismo signo no pueden ser adicionadas aritmeticamente) ni operan en una dirección (co-linealmente o en paralelas, pues en ese caso se las podría sumar algebraicamente) sino que son vectores que tienen direcciones, sentidos e intensidades diferentes, que hay que componer (a la manera de los físicos) para hallar una fuerza capaz de reemplazarlas (mediante la especificación de su intensidad, su dirección y su sentido).

Kone, a su vez, toma algunos de los temas desarrollados por Andreeva y los lleva a niveles más concretos; a acercamientos que detallan sus perfiles. Recuerda que la idea matriz es de Marx, para quien “el ser humano no es una abstracción inherente al hombre aislado, sino el conjunto de sus relaciones sociales”. Pero, también indica que el interés por el estudio de la personalidad viene cobrando fuerza, particularmente en la sociología marxista de nuestros días. Y él, a diferencia de Andreeva, reconoce que la personalidad no es sólo producto social sino que es, también, factor social (en cuanto el individuo se convierte en personalidad creadora). Corresponde esto al último de los aspectos que él lista como propios de la personalidad: el estructural, el histórico, el dinámico.

La personalidad —nos recuerda— se perfila en el *entrecruzamiento* de sus papeles sociales (imagen insuficiente, también, a la luz de lo escrito) y hasta piensa que las cualidades morales de una persona “surgen” (nosotros no nos atreveríamos a afirmar que también se consoliden y manifiesten plenamente) “del ejercicio de sus papeles”.

Los papeles constituyen un puente entre la estructura social objetiva y las motivaciones subjetivas (como él dice), pero el puente es ancho y permite el tránsito en ambos sentidos. La *sociedad* espera algo de quien desempeña un papel; pero ese alguien (la *persona*) no capta totalmente y a la perfección esas expectativas y es él quien —de acuerdo con lo que de ellas capta, con cómo lo capta y valora, del grado en que lo acepta o rechaza— desempeña, *en determinada forma*, ESE PAPEL. Es sólo de acuerdo con

las expectativas de la sociedad, según la visión y aceptación de la persona, en relación con las facilidades y dificultades que ofrezca la situación social y con las facultades o incapacidades propias de la persona, como el papel se realizará y objetivará en ciertas conductas sociales.

Kone hace bien en *listar* los elementos del papel social, y en mencionar el carácter externo de las expectativas que impone al individuo; pero, hubiera hecho mejor si hubiera reconocido cuáles elementos estaban más próximos de lo objetivo y cuáles más cercanos a lo subjetivo. Como que, *en el ámbito demarcado por la sociedad*, la libertad del individuo tiende a revelarse en su actitud ante el papel y en su manera de cumplirlo. Su modo de captarlo es, propiamente, un tema de la sicosociología del conocimiento.

Pero, Kone no desconoce las facultades creadoras de la persona, ya que —al citar a Marx— dice que “los hombres se crean unos a otros, física y moralmente”. Con eso, señala, implícitamente, la condición doble de cada hombre, que es creatura social —por una parte— y co-creador social —por otra.

Incide en este mismo tema al mencionar la forma en que la captación del papel por cada hombre depende de condiciones biológicas propias que, por lo menos en forma inicial o parcial, *no son sociales*. También lo hace al registrar que “a diferencia del actor, no puede cambiar una persona papel y máscara a su capricho”. Los papeles no se eligen —en realidad— *arbitrariamente*, ni arbitrariamente se dejan; pero, su desempeño, *más o menos cabal*, depende, en parte, de las decisiones individuales.

La autonomía frente al papel se insinúa, como indica Kone, en lo contradictorio de las relaciones sociales. Gracias a ello, el individuo puede elegir un papel o una forma de desempeño del papel y —como indica Marenko— se vuelve, así sujeto digno de aprobación o reprobación moral. Esto depende de la perspectiva en que el actor sitúe su elección; quien elige la perspectiva más próxima, es débil; en cambio, quien elige la más amplia y actúa de acuerdo con ella “es bello y bueno” (y, en este difrasismo de “lo bueno y lo bello” casi se escucha un eco helénico).

Se trata —a más de todo— de hacer coincidir la escala social (objetiva) de valores, con la conciencia (subjetiva) de sí mismo. Y esto se suele buscar por dos caminos: o se mete al individuo en la camisa de fuerza de las prescripciones sociales, o se unce la realidad social al carro de los caprichos individuales. Ambos procedimientos dañan a la sociedad, o a la persona (y, en última instancia, perjudican a ambas). Por donde se insinúa —según creemos— un tercer camino, de ajustes sucesivos, mutuos, lentos, cuidadosos, del individuo a la sociedad y de la sociedad al individuo, en un proceso dialéctico que debe apuntar hacia un auténtico foco meliorativo.

Zamochkine —quien ha merecido cita y aplauso de nuestro Director— pone el problema en función práctica. Es necesario que los individuos se orienten y sean orientados socialmente. Para ello, hay que atender ciertos principios. De ellos, los principales son los dos siguientes:

1º Es necesario saber que las posibilidades que cada uno tiene para actuar *nunca son ilimitadas* e incondicionadas, pues reciben condicionamiento y límite de la situación social en la que el individuo actúa (de donde su necesidad de conocerla tan objetivamente como sea posible), y

2º Es indispensable que el individuo tenga perspectiva histórica, ya que si bien la acción es resultante de las fuerzas actuales, éstas son producto de condiciones pasadas, y llevan en sí gérmenes de lo porvenir. En efecto, apuntan éstas hacia resultados (deseables o indeseables, factibles o no factibles) del futuro.

Una porción interesantísima del estudio de Zamochkine es el que se refiere a los *proyectos*, y lo es, también su diagnóstico de que es la falta de proyectos válidos (el “vacío sociológico”) lo que explica las crisis personales y sociales de nuestro tiempo.

Ya se sabe cuál es la postura soviética en esto (particularmente frente a las crisis morales de Occidente). “Occidente está en crisis porque carece de proyectos sociales válidos.” También es conocida la opinión soviética respecto a los problemas de desadaptación sociopersonal pues, aunque la tipología de Merton merezca la aprobación del sociólogo soviético, a

éste le parece insuficiente. La desadaptación socio-personal —como hemos dicho alguna vez— lo es entre dos términos: la sociedad y la persona, y como indica este autor soviético, no es lo mismo que una persona deje de acatar las imposiciones sociales por perseguir intereses estrechamente individualistas, a que las desprecie porque la sociedad haya caducado como satisfactoria de necesidades humanas (materiales y espirituales) insoslayables, de la propia persona.

El aporte de Mitine se encuadra en marcos más conocidos. Trata de diferenciar, fundamentalmente, los tipos de relación humana que se producen en el capitalismo, el socialismo y los países en vías de desarrollo.

Más que la crítica al capitalismo o la simpatía hacia los países en vías de desarrollo (con su necesidad de optar entre neocapitalismo o socialismo, entre predominio de la inversión privada o preponderancia de la pública) nos interesan: la imagen que brinda del socialismo y su defensa —mediante cita de Marx— en cuanto lo considera lastrado aún (en su actual concreción histórica) por los *estigmata* de su procedencia no socialista. Nos interesa su insistencia en justificar las concreciones actuales del socialismo sólo en función de su programación evolutiva hacia el comunismo.

Esa programación, según Mitine, debe orientarse hacia el incremento productivo, la búsqueda de un equilibrio entre el tiempo ocupado y el libre (para todos), la liquidación de la división laboral entre manuales e intelectuales (en cuanto lesiona las capacidades que no llegan a manifestarse y el desarrollo integral de cada ser) y el desarrollo de la personalidad por difusión del conocimiento así como por participación en el señorío y gestión políticos.

Hay —con todo— en Mitine, una nota excesivamente optimista y peligrosa: la de creer que una vez logrado todo lo bueno, será imposible perderlo; la de afirmar que los procesos sociales nuevos “son irreversibles”. Esto no hace sino propiciar el sueño; evita la vigilia gracias a la que se puede preservar la libertad y sus logros. Y equivale a afirmar —para otras sociedades y tiempos— lo que algunos estadounidenses afirmaron, equivocadamen-

te, de Estados Unidos de América, hoy: que para la disciplina y la realidad sociales habían tramontado (o que llegarán a tramontar), para siempre, las ideologías.

La imagen del hombre brindada por los sociólogos soviéticos tal vez no carezca de deformaciones —como no carece de ella la de los occidentales— pero, por corrección progresiva puede encaminarnos hacia una antropovisión crecientemente válida y útil sociológicamente.

Oscar Uribe Villegas

L'Homme et la Société (Revue internationale de recherches et de synthèses sociologiques). Abril, mayo, junio 1967, núm. 4.

Vale la pena destacar en la primera sección (Debates) de este número de *L'Homme et la Société*, los artículos de H. Lefebvre, C. Luporini y de A. Schaff. En la segunda (Estudios críticos) presentan especial importancia los trabajos de J. M. Vincent, de V. L. Allen y de N. V. Novikof. En esa misma sección, el estudio de Philippe Richard describe en términos muy técnicos la metodología de Levi-Strauss en “Le Cru et le Cuit” y en “Du Miel aux Cendres”, sin duda llamará la atención de los estudiosos abocados a los problemas de la mitología. Finalmente se encontrará en ese mismo número algunas ponencias presentadas en el Seminario Internacional de la Habana sobre “Tiempo Libre y Recreación”.

Presentaremos a continuación un resumen de los artículos que nos parecieron más importantes.

A. 1) En “Sur une interpretation du marxisme”, H. Lefebvre formula una larga lista de críticas a los libros: *Pour Marx*, Louis Althusser, Maspero, 1965, * y, *Lire le capital*, Louis Althusser y otros. Althusser, en la opinión de Lefebvre, ofrece una versión nueva del pensamiento de Marx, usando conceptos, ideologías y problemáticas prestados a otras corrientes de pensamiento. Lejos de comparar

* Traducido al español por Siglo XXI bajo el título *La Revolución teórica de Marx*.